

Nuestra historia con nuestra hija Inés ha sido una historia de mucho dolor, pero también de mucha oración, consuelo y frutos.

Después de tener dos hijas que se llevaban año y medio, embarazos complicados, y un parto de Ana (nuestra segunda) muy complicado con UCI, oxígeno y muchos ingresos, nos llegó una noticia inesperada. Estaba embarazada de nuevo. Nos costó aceptar que nuestros planes no eran los de Dios, pero después de poner nuestra casa y nuestros trabajos patas arriba estábamos ilusionados con nuestra tercera hija.

La intuición de madre no falla y yo sabía que a Inés la perdíamos. Pero llegamos a la semana 14 y me relajé... En una visita exprés a mi tío ginecólogo escuchamos las temidas palabras: No hay latido.

A partir de ahí entré en un túnel. Yo sabía que perdía a esa bebé, notaba que mi cuerpo no estaba bien y ya había pensado por la mañana (sin saber que ya había fallecido) qué decisiones tomaría si sucedía. Mi prioridad era tener su cuerpo y poder enterrarlo, así que pedí dar a luz a mi hija en lugar de tener un legrado (tuve suerte de poder elegir la forma de ver a nuestra hija). Durante las 24 horas que duró el parto me acompañó una estampa que usó mi madre en sus abortos también y que decía: "En el dolor, en el sufrimiento, en el abandono, seguir testimoniando el amor de Dios".

Inés ya venía, esperé para que mi marido pudiera acercarse y ver cómo alumbraba su cuerpo, después de horas con contracciones. Fue un parto sin anestesia, no quise ahorrarme ningún sufrimiento, quería saber que lo que sucedía era real y no una pesadilla. Lo vi una forma de honrar a mi hija también, físicamente ya no podría donarme más a ella. Puede sonar absurdo, pero esto me ayudó mucho.



Después del miedo que se experimenta cada vez que vas al baño durante un aborto (creo que nos pasa a todas las madres, por lo que he hablado con más mujeres), ver que Inés, mi hija, estaba a nuestro lado fue muy bonito. También fue triste. Como Jesús con Lázaro, recuerdo llorar muchísimo juntos. Mi marido fue un sostén enorme. Ojalá todos los maridos sostengan a sus mujeres como lo hizo el mío; un aborto es uno de los momentos más vulnerables de la vida de una mujer, el apoyo en un momento así creo que permanece toda la vida.

Gracias a Lucía Martínez (luzmaral en Instagram) conocí En Vela, una funeraria que entierra a bebés que fallecen en el seno materno o a los pocos días de nacer. En el momento dudamos bastante si hacerlo o no. De hecho, cuando llegamos al cementerio nos miramos como diciendo: ¿Era esto necesario? ¿Estamos haciendo un circo? Pero terminó el entierro y solo sentíamos gratitud. Inés está en una sepultura con otros niños, con una piedrecita que contiene el nombre y la fecha de cada niño. Yo voy en fechas especiales: el día de todos los Santos, el aniversario de su nacimiento al Cielo... y miro qué piedrecitas hay nuevas y rezo por sus padres. Esto es algo MUY bonito y reconfortante, saber que no solo nos une una experiencia muy concreta de paternidad, sino que nos sostiene la oración de unos y otros.

Llegar a este punto también puede llevar un tiempo. Yo con la pérdida de Inés toqué fondo como nunca antes. Una tristeza enorme me invadió y no era capaz de salir de ella. Pero también fue mi salvación. Nunca me alejé de Dios, pero sí creo que he vivido una reconversión (cada día es ocasión de conversión). He visto que todo puede tambalearse, pero Dios permanece y me acompaña en mi sufrimiento; y yo participo del suyo, de su Cruz, cuando abrazo la mía.



Compartir una experiencia así es algo bastante íntimo, pero se habla tan poco, se le quita tanta importancia... que es necesario hacerlo. Por los padres, por los mismos hijos, por los hermanos de esos bebés... Hay mujeres que nunca hablaron de sus hijos fallecidos y hoy tienen 50, 60 y 80 años, pero todas saben qué edad tendría hoy su hijo, qué tristeza experimentaron y qué silenciado fue. Aunque ellas mismas le quiten importancia (porque lo vivieron en su momento así), toda madre lleva a sus hijos consigo toda la vida (de ahí la maravilla del microquimerismo).

Reconocer a esos hijos, darles nombre, que se reconozcan en la familia... es algo que ya no es solo para las madres y su duelo; sino que también da lugar a ese hijo que merece ser tan amado como los demás. Nuestra misión de padres en parte acaba ya, porque está en el Cielo, pero también queda un

camino en la tierra.

Hemos perdido otro bebé, José. A él no pudimos enterrarle porque fue muy temprano, pero la experiencia ha sido muy similar a la de Inés. De hecho, los procesos de duelo se solaparon. Tenemos cuatro hijos: Fátima, Ana, Inés y José. Dos ya son santos y pedimos que las mayores lleguen a serlo también.

Por nuestra parte, dentro de la paternidad responsable a la que nos llama la Iglesia hemos comenzado un camino con la naprotecnología, que restaura la fertilidad de forma natural, porque a pesar de tener dos hijas vivas había muchas cosas mal: infecciones, endometriosis, etc. Llevo meses tratándome por salud, pero tenemos claro un fin a esto porque puede ser fácil pasar de la responsabilidad al control y querer hipervigilar y controlarlo todo. Como sabemos que, en nuestro caso particular, puede ser así, tenemos una fecha tope y ya, con los medios humanos puestos, confiaremos en que Dios moldee nuestra vida como hasta ahora. Con esto ánimo a vivir con serenidad todo este proceso de duelo y tratar médicamente cuando se considere necesario. No hablo de tratamientos de reproducción asistida, sino de salud ginecológica. Quien tiene una infección de pulmón no se plantea no tomar antibióticos, es salud. Esto es igual. Actualmente la naprotecnología no es algo muy extendido, ni financiado, pero ánimo mucho a que los padres abramos camino.



La Humanae Vitae nos anima a vivir la paternidad responsable a través del uso lícito de los ritmos naturales y anima a que se investigue a nivel médico sobre tratamientos que respeten la dignidad humana en cada estado de la vida.

La experiencia de la muerte de Inés y su partida al Cielo ha sido, sin duda, el dolor más grande que puede experimentar una madre; pero también ha sido un momento de encuentro con Cristo, con mi marido y de ver a mis hijas de la Tierra como un regalo de una forma muchísimo más clara. **“En el mundo encontraréis tribulaciones, pero ¡Ánimo, Yo he vencido al mundo”! (Juan 16,33)**